

Editorial

Invertir en educación es la mejor alternativa ante todas las crisis

Desde hace siglos, el desarrollo educativo se ha ido construyendo entrelazado con toda clase de transformaciones sociales. La escuela, por su parte, alternando entre períodos de crisis y/o de estabilidad, mantiene un funcionamiento semejante al de una lente flexible: a veces se acerca y otras se aleja de los elementos que la estructuran. Ya sea para fortalecerse o simplemente para proteger sus bases estructurales, superar las crisis amplía considerablemente sus horizontes y la lleva a ocupar un lugar estratégico, necesario y relevante como instrumento de reconstrucción social.

La educación es la respuesta más sólida que una sociedad puede ofrecer a sus propias crisis. Esta idea fundamenta la organización de esta edición de Diversitas Journal, cuyo tema es: Invertir en educación es la mejor alternativa ante todas las crisis. Si el número anterior de la revista examinó la dinámica de la ciencia frente a los conflictos de la geopolítica mundial, ahora la mirada se dirige al fundamento que sostiene toda ciencia: la educación. Cabe reiterar que las crisis educativas actuales no se presentan de forma aislada; por el contrario, incluyen pandemias que interrumpen las trayectorias escolares, recesiones que reducen los presupuestos públicos, desinformación que deteriora los debates e inestabilidades que desgastan las instituciones, sobre todo las públicas. Al acumularse, estas crisis terminan por exponer fragilidades construidas durante décadas. Así, el punto de partida que orienta esta edición es descifrar cómo el acceso a los bienes culturales y científicos sigue condicionado por determinantes sociales y espaciales.

Toda crisis es, en esencia, un momento de ruptura que expone fragilidades antes disimuladas por la vida cotidiana. Las respuestas de emergencia, necesarias, son por naturaleza provisionales: transferencias de ingresos, ayudas financieras y restricciones presupuestarias. Lo que distingue a las sociedades que superan las crisis de aquellas que sucumben ante ellas es el acervo de capacidades acumuladas: conocimientos, habilidades, salud e instituciones sólidas. La educación es la vía sistemática mediante la cual una sociedad construye ese acervo. Sin una base formativa consistente, los esfuerzos inmediatos de contención agotan su eficacia ante los primeros signos de recesión y dejan a la colectividad vulnerable a nuevas oscilaciones estructurales.

La teoría económica del capital humano ofrece el primer argumento, el más directo. Formar a las personas requiere recursos, pero las hace más productivas, mejora sus ingresos y sostiene su crecimiento. El gasto en educación es consumo a corto plazo e inversión a largo plazo: amplía la capacidad de asimilar nuevas tecnologías, innovar y gestionar el propio desarrollo. El progreso técnico, por sí solo, no produce beneficios si no se ha desarrollado la capacidad humana para utilizarlo. Al mejorar las facultades intelectuales y operativas de las personas, la educación formal convierte potenciales latentes en instrumentos para superar los rezagos materiales que limitan la expansión social.

La experiencia brasileña confirma este argumento con datos. Los estudios empíricos basados en encuestas de hogares muestran que los rendimientos de la escolaridad aumentan a partir de aproximadamente cinco años de estudio; que incluso el primer año de escolarización, dedicado a la alfabetización, ofrece un rendimiento elevado; y que los beneficios vuelven a aumentar cerca de la conclusión de la educación secundaria. Las primas salariales se concentran en los ciclos educativos completos, no en años aislados. Por tanto, completar una etapa vale más que acumular fragmentos de escolaridad. Esta constatación refuerza la necesidad de garantizar trayectorias continuas de aprendizaje que protejan a los estudiantes tanto del abandono escolar como de la precariedad de los conocimientos derivada de trayectorias educativas inconclusas.

En períodos de estrechez fiscal, la educación suele figurar entre los primeros sectores en sufrir recortes, exactamente lo contrario de lo que recomienda la evidencia. La crisis financiera internacional de finales de la

primera década de este siglo ilustró el camino opuesto: la recuperación del papel del Estado estuvo acompañada de legislación, fondos para el mantenimiento de la enseñanza y una ampliación de la escolaridad obligatoria. La educación se trató como un derecho social que no puede quedar a merced del mercado ni gestionarse como una mercancía. Restringir los recursos en períodos de recesión compromete de manera irreversible el futuro de las nuevas generaciones, profundiza la brecha de la pobreza y reduce el margen de maniobra para el desarrollo socioeconómico.

Sin embargo, invertir no significa únicamente gastar más. La cantidad sin calidad no genera desarrollo. Al fin y al cabo, más años de escolaridad pueden no traducirse en productividad si no van acompañados de aprendizaje. Por ello, una inversión coherente implica formación docente, evaluación permanente y financiación orientada al costo por alumno en función de la calidad. La calidad es la condición para que el gasto se convierta en rendimiento. Esto requiere una infraestructura pedagógica adecuada, la valoración de la carrera docente y prácticas curriculares articuladas con las demandas del mundo contemporáneo, superando la mera expansión cuantitativa de las matrículas, muchas veces desvinculada de la eficacia formativa.

Los beneficios de la educación tampoco se distribuyen de manera uniforme en el territorio. Por sus propias características, los estados y las regiones presentan patrones distintos de escolaridad e ingresos, y las zonas con una base educativa más débil tienden, en consecuencia, a un estancamiento comercial relativo. En otras palabras, equilibrar el capital humano entre las regiones es una estrategia poderosa para reducir las disparidades, y la expansión de las instituciones educativas hacia el interior del país también constituye una parte importante de esa estrategia. La descentralización de universidades, institutos técnicos y centros de formación actúa como un importante impulsor de los sistemas productivos locales: afianza capacidades en las regiones periféricas, amplía la presencia de profesionales cualificados en esas zonas y, de este modo, distribuye las oportunidades de progreso material y cultural entre distintos territorios.

Los beneficios de la educación van más allá de la persona que se forma. Quienes tienen mayor nivel educativo adoptan prácticas de prevención sanitaria, participan más en la vida democrática y tienden a invertir más en la educación de sus hijos. Un mayor nivel de instrucción aumenta la esperanza de vida, reduce la pobreza futura y produce resultados directos en los ingresos e indirectos en la equidad y la justicia social. El entorno comunitario gana cohesión y capital social y, muchas veces, se configura como una red de solidaridad y conciencia cívica que contribuye a reducir los índices de vulnerabilidad y hace que las redes urbanas y rurales sean más resilientes ante impactos externos de cualquier índole.

A menudo, es ante las crisis concretas cuando se hacen evidentes los argumentos sobre los resultados de la educación. Las pandemias exigen ciencia, profesionales cualificados y una población capaz de comprender las recomendaciones sanitarias. Las crisis climáticas requieren conciencia ambiental, que con frecuencia se forma a lo largo de generaciones. La desinformación, quizá la crisis más silenciosa de la actualidad, solo encuentra un antídoto en el pensamiento crítico que la escuela ofrece y cultiva. Una sociedad verdaderamente alfabetizada, sobre todo en términos científicos, se adapta, innova y se reorganiza con mayor rapidez ante lo imprevisto. En estos términos, la capacidad de reflexión crítica coherente y el conocimiento formal se convierten en la principal línea de defensa frente al posible colapso de los sistemas públicos y al aumento de la fragmentación social.

Reconocer la educación como la mejor alternativa ante todas las crisis no autoriza, sin embargo, a reducirla a un instrumento económico. Las personas son los fines últimos del desarrollo, no meros medios de producción. La educación es un derecho social y un bien público; su valor no se agota en el rendimiento salarial, sino que emancipa, forma para la ciudadanía y dignifica. Precisamente ese carácter propio la convierte en una respuesta a la altura de cualquier crisis, incluso de aquellas que no se miden en puntos porcentuales. Al cultivar el sentido de la justicia, la sensibilidad artística y la autonomía reflexiva, la formación integral capacita a las personas para cuestionar el rumbo de su propia civilización y proponer estructuras institucionales menos excluyentes y más equitativas.

Los artículos reunidos en este volumen reflejan la diversidad de perspectivas en torno a la educación como medio de transformación social. Las contribuciones de los autores dialogan con distintas áreas del conocimiento e invitan a reflexionar sobre el papel de la educación frente a las incertidumbres del presente. La diversidad temática y la multidisciplinariedad de esta edición reafirman uno de los criterios que orientan Diversitas Journal: comprender los fenómenos educativos actuales exige un diálogo continuo entre distintos campos disciplinares, valorando enfoques aplicables a diferentes grupos sociales y culturales y comprometidos con la educación formal del territorio en el que la revista está presente. El debate que sigue ofrece, por tanto, recursos para pensar en soluciones colectivas viables.

Este número de Diversitas Journal también reafirma el compromiso de la revista con una educación pública de calidad, democrática y socialmente referenciada que, además de estar comprometida con la dignidad humana, promueva la justicia social mediante prácticas de sostenibilidad ambiental, fomento de la diversidad cultural, comunicación social y fortalecimiento de las instituciones educativas locales.

El objetivo de esta edición de Diversitas Journal es ampliar el debate sobre las relaciones entre crisis económica, educación y desarrollo social, reuniendo estudios que profundizan en estas cuestiones y promueven el intercambio de conocimientos y el diálogo entre distintas áreas. Se espera que las discusiones presentadas fortalezcan el pensamiento crítico e impulsen iniciativas comprometidas con la democratización de la enseñanza, la reducción de las desigualdades y la promoción de un desarrollo socialmente justo y ambientalmente sostenible.

Que las reflexiones suscitadas por esta edición trasciendan el ámbito académico y contribuyan a acercar el conocimiento científico a las realidades sociales, fortaleciendo el diálogo entre la investigación, la sociedad y las prácticas educativas.